

EL ADN TE CONDENA

Charlie Donlea

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÓTUS

*“Las fotografías abren puertas al pasado,
pero también permiten una mirada al futuro”.*

Sally Mann

CEDAR CREEK, ESTADO DE NEVADA

*13 de julio de 1995
Nueve días después...*

UN GAVILÁN DE COOPER DE cola negra presenció la muerte del sheriff Sanford Stamos.

La magnífica ave descendió de los cielos y se posó en el frente del coche policial como un elegante ornamento sobre el capó. Graznó una vez durante la batalla que se llevaba a cabo dentro del vehículo, extendiendo las alas mientras el coche se sacudía. Cuando la lucha terminó, el gavián plegó las alas contra su cuerpo; el sheriff Sanford Stamos, sentado en el asiento del conductor, miraba a los ojos a su asesino. La mirada fría del sheriff no se debía tanto a la firme determinación de fijar los ojos sobre el hombre que estaba a punto de matarlo, sino más bien a la droga paralizante que recorría su organismo y le impedía hasta mover los ojos.

Quería hacer mil otras cosas antes que mirar boquiabierto al hombre que estaba junto a él. Su entrenamiento le decía que debía enfrentarse a su atacante o poner distancia entre ambos. Quería escapar del vehículo, desenfundar el arma, llamar y pedir refuerzos. Pero la aguja que colgaba de su cuello le había robado la capacidad de moverse y le hacía sentir una

profunda debilidad que infectaba cada fibra de su cuerpo. La droga finalmente le quitó el control de los párpados y estos se cerraron. Sentado detrás del volante del coche policial, Sandy dejó caer la barbilla contra el pecho. Al respirar, hizo un ronquido áspero, provocado por la postura extraña. Sandy no tenía duda de que se encontraba al borde de la muerte. Lo que había descubierto en las últimas semanas de su investigación sobre la desaparecida familia Margolis era garantía de ello.

Oyó que la puerta del acompañante se abría y se cerraba cuando el asesino salió del coche. Luego se abrió la puerta de su lado y Sandy sintió que le levantaban la manga del brazo izquierdo. Una goma le apretó el bíceps antes de que un pinchazo en el antebrazo lo hiciera abrir los ojos de pronto. Solo vio luz. Tenía la visión borrosa, como si alguien le hubiera embadurnado los ojos con vaselina.

Sintió un ardor localizado en el brazo cuando la jeringa se vació en su vena. Instantes después, experimentó una sensación completamente diferente. Algo extraño y exótico y más impresionante de lo que jamás había sentido. Una nube de euforia descendió sobre él, o quizá fue él quien ascendió hacia ella. En cualquier caso, el sheriff Stamos olvidó el confinamiento de su vehículo. Olvidó su incapacidad de moverse o hablar. Dejó de preocuparse por su asesino y se relajó en la dicha que inundaba el cuerpo y la mente. Y ¿el alma? ¿Acaso también le tocaba el alma?

—Ahora no eres más que otro drogadicto del condado de Harrison.

Sandy no podía distinguir si las palabras habían salido de su boca o la de otra persona. Si se originaban en su cabeza o alguien se las decía. Pero en realidad no le importaba. Una segunda jeringa se vació en su brazo antes de que la puerta del coche policial se cerrara y un nuevo nivel de éxtasis tomara el control de sus facultades. Tan potente fue el efecto de la droga que corría por su organismo que lo desacopló de su cuerpo.

Flotaba sobre la escena de un modo que le permitía ver dónde estaba y qué sucedía. Sentado en el coche con el cinturón ajustado contra el pecho, vio desde su posición en altura cómo su vehículo rodaba cuesta abajo hacia el río Cedar.

Justo antes de que el patrullero entrara como una lanza en el agua, el gavián que se había posado sobre el capó levantó vuelo. Dos enérgicos aletazos lo elevaron en el aire y enseguida la brisa del río le permitió planear con las alas abiertas. El vehículo siguió su avance hasta que el capó quedó bajo el agua. La lenta inmersión continuó y el río finalmente se tragó el coche, ingiriéndolo por completo hasta que solo las luces traseras asomaban en la superficie.

En medio de una nebulosa, Sandy se dio cuenta de que estaba sumergido bajo la superficie del río Cedar, pero la sensación de euforia y excitación que corría cálida por sus venas traía consigo una apatía pesada a la que era imposible sobreponerse. Poco le importaba que el agua le subiera por el pecho y le llegara hasta la barbilla, amenazando con cubrirle la cara y la cabeza. Por el contrario, estaba ansioso por volar hacia el sopor que esperaba en algún sitio del más allá. Hipnotizado por el brillo que veía en la distancia, ignoró la escena de su cuerpo atrapado bajo la superficie del río Cedar. En cambio, siguió el vuelo del gavián de cola negra, que se elevaba hacia la luz. Voló y voló y voló, hasta que el resplandor lo absorbió y lo llevó lejos.

PRIMERA PARTE

Genealogía 1

CAPÍTULO 1

*Raleigh, estado de Carolina del Norte
Lunes 1 de julio de 2024*

SLOAN HASTINGS ENTRÓ EN LA Jefatura de Medicina Forense quince minutos antes de las nueve de la mañana, la hora que marcaría el inicio de su formación en patología forense. Junto con otros tres becarios, estaban a punto de embarcarse en un riguroso programa de dos años que culminaría con un diploma de médico forense para cada uno. Siempre y cuando pudieran superar los desafíos y momentos difíciles que los esperaban, claro. Sloan estaba segura de que ella lo lograría. Siempre había soñado con llegar a ser patóloga forense.

Graduada de la Universidad Duke con un doble título en Criminología y Ciencias Forenses, Sloan había navegado sin esfuerzo las aguas de la Facultad de Medicina antes de completar una residencia de cuatro años en Patología Anatómica y Clínica. Ahora, con veintinueve años, lo único que se interponía en su camino para lograr su sueño eran dos intensos años como becaria. El primero sería un año de investigación financiado por una beca que requería que Sloan explorara un área de la patología forense, mostrara avances en el tema de alguna manera significativa y escribiera una tesis al respecto.

Tras su año de investigación, comenzaría un programa clínico de doce meses en la Jefatura de Medicina Forense,

estudiando bajo la tutela de la renombrada doctora Livia Cutty. Allí realizaría cientos de autopsias en su camino hacia convertirse en médica forense. Estaba ansiosa. Estaba entusiasmada. Y sentía avidez por el futuro.

Vestida con una blusa negra sin mangas que mostraba su figura atlética esculpida por el CrossFit, pantalones blancos y tacones altos, Sloan mostró a la recepcionista su nueva tarjeta de identificación, que la acreditaba como una de los cuatro becarios de primer año a partir de las nueve de esa mañana. La puerta adyacente al escritorio se abrió con un zumbido. Sloan pasó hacia el otro lado y se dirigió a “la jaula”.

Dentro de la JEMEF, la Jefatura de Medicina Forense, y en especial para los nuevos becarios, “la jaula” tenía la peor reputación. Cerrada por una cerca de malla metálica y llena de filas y más filas de sillas que miraban hacia el frente, la jaula era donde los becarios presentaban sus casos todas las tardes. Estar de pie frente a los médicos supervisores, bañada por el brillo de la pizarra interactiva era como estar ante un pelotón de fusilamiento. Abundaban los rumores y las leyendas sobre becarios que habían sido crucificados en la presentación de sus casos ante las preguntas de los expertos que los supervisaban y que detectaban cada paso en falso, remarcaban cada omisión y corregían cada pensamiento erróneo. Era un sitio que a Sloan le inspiraba temor y ansiaba conquistar.

Sloan sabía que la morgue estaba en el sótano, que las oficinas de los médicos responsables estaban en el primer piso y que la jaula se encontraba en algún lugar de la planta baja. No tuvo que deambular más que unos instantes antes de encontrarla; entró por la puerta del fondo de la sala y se sentó junto al pasillo. Había unas treinta sillas plegables en el salón, todas mirando hacia una pantalla que captaba la luz de un proyector colgado del techo y que recibía a Sloan y sus colegas:

¡Bienvenidos, becarios de primer año!

Los otros becarios no tardaron en llegar; todos se presentaron y comenzaron a conversar sobre dónde habían hecho su residencia y qué esperaban de los próximos dos años. A las nueve en punto, una mujer con uniforme quirúrgico verde y una larga bata blanca entró en la jaula.

—Buenos días, novatos —dijo la doctora Livia Cutty mientras avanzaba por el pasillo central y se situaba frente a la pizarra interactiva—. Me alegra volver a verlos.

La doctora Cutty había entrevistado a cada candidato que se había postulado para su prestigioso programa de patología forense y había seleccionado personalmente a los cuatro que estaban sentados frente a ella.

—Me parece que fue hace una eternidad cuando yo estuve sentada donde ustedes están hoy, como becaria de primer año, nerviosa y entusiasmada por lo que me esperaba. En realidad, solo fue hace siete años.

La doctora Livia Cutty era la médica más joven en presidir el programa de becas de investigación en la JEMEFO de Raleigh, en el estado de Carolina del Norte. El anterior presidente y mentor de Livia, el doctor Gerald Colt, se había mostrado muy firme en su decisión de contratarla cuando se jubiló el año anterior. En menos de una década desde que había completado su formación, Livia Cutty se había forjado una carrera ilustre como médica forense. Durante los últimos años había trabajado como jefa de Medicina Forense en Manhattan y se había destacado en Nueva York. A lo largo de los años, se había involucrado en varios casos de alto perfil y había servido como asesora médica para varias cadenas de televisión, incluidas FOX, CNN y NBC. En la actualidad, tenía un trabajo secundario como comentarista de temas forenses en la cadena HAP News durante sus frecuentes apariciones en el exitoso programa de noticias *Eventos Nacionales*.

—Como no estoy tan lejos de donde ustedes están ahora —prosiguió Livia—, quiero que sepan que no solo entenderé

lo que vivirán durante los próximos dos años, sino que también empatizaré con ustedes. Seré exigente, como lo fueron mis mentores conmigo. Pero seré justa. Todos tenemos el mismo objetivo, que es formarlos para que sean los mejores y más brillantes médicos forenses que este país pueda ofrecer. Mi compromiso con ustedes es proporcionarles las herramientas y las oportunidades para lograrlo. Lo que le pido a cada uno es que dé lo mejor de sí. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —respondieron al unísono Sloan y sus colegas.

Sloan tenía que admitir que estaba deslumbrada por Livia Cutty. La había visto tantas veces en televisión, ya fuera opinando sobre casos forenses de alto perfil o brindando su testimonio y análisis como experta en *Eventos*, que le parecía increíble estar sentada ahora frente a ella. Aún más difícil de comprender era que se formaría bajo su tutela.

Durante la mayor parte de su vida, Sloan había sobresalido en todo lo que había emprendido, ya fuera liderando el equipo de debate de secundaria, dominando el laberinto de nervios craneales en el laboratorio de anatomía o haciendo planchas con sus compañeros de CrossFit; siempre aceptaba los desafíos y estaba decidida a hacer lo mismo durante su tiempo como becaria bajo la tutela de Livia Cutty.